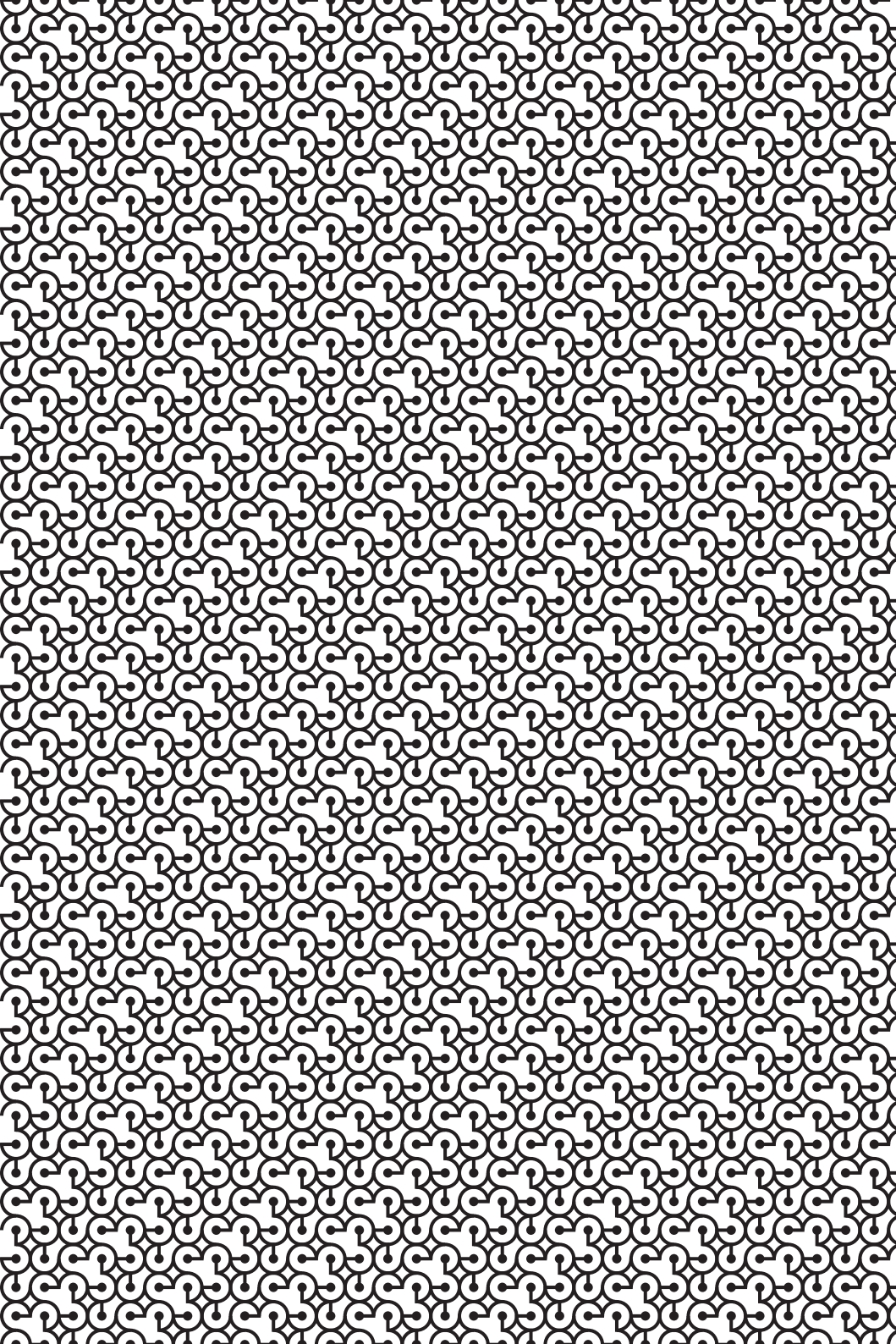
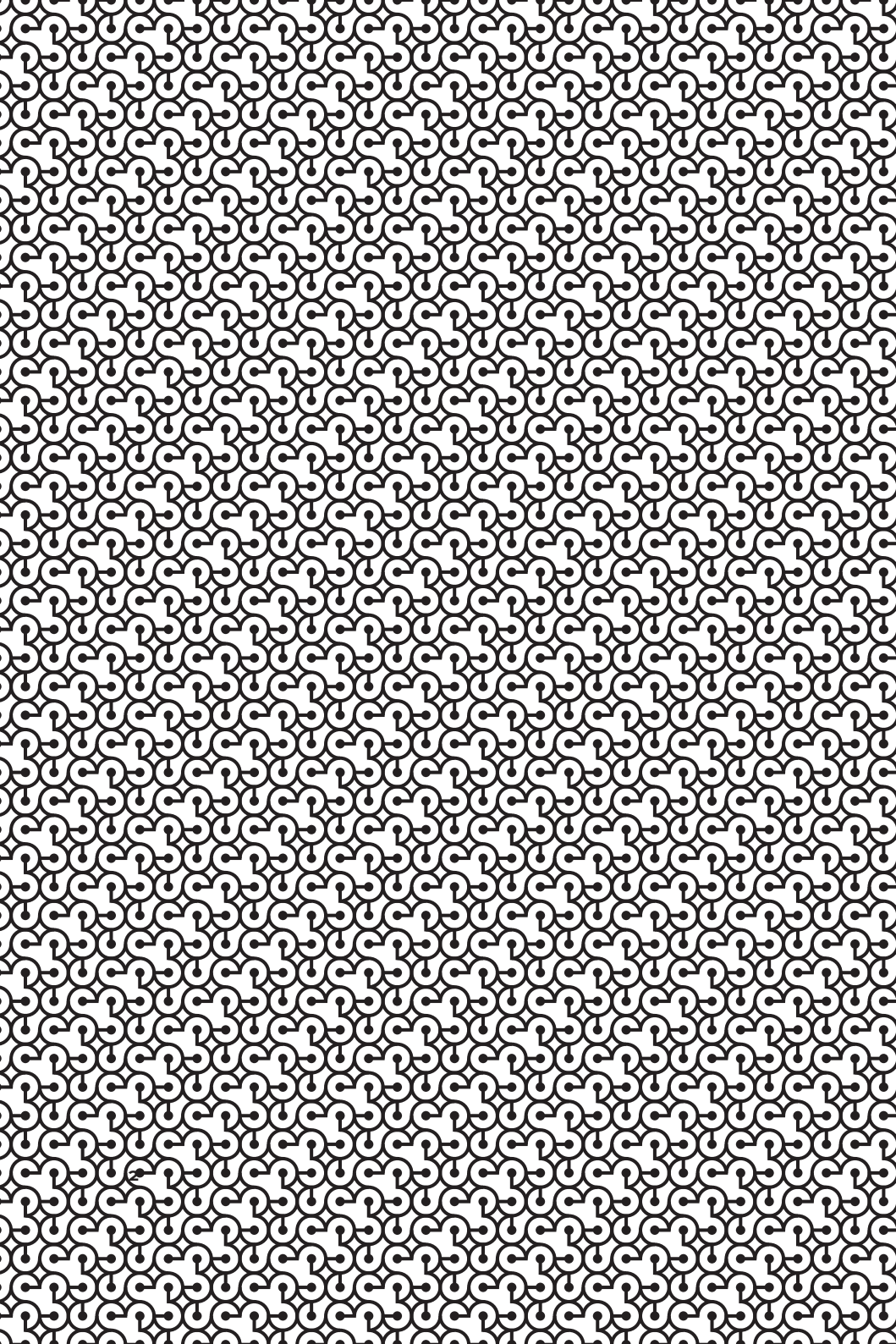






El mundo acabará en viernes



Manuel Moyano

El mundo acabará en viernes



menos**cuarto**

© Manuel Moyano, 2025
© de esta edición, Menoscuarto Ediciones, 2025

ISBN: 978-84-19964-38-0
Dep. Legal: P-201/2025

Diseño de colección: Echeve
Fotografía de portada: © Jin Zhaoli | unsplash
Corrección de pruebas: Beatriz Escudero

Impresión: Gráficas Zamart (Palencia)
Printed in Spain – Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES, S.L.
C/ Italia, 49
34004 PALENCIA (España)
Tfno. y fax: (+34) 979 701 250
correo@menoscuarto.es
www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Este libro se ha elaborado con papeles con certificado forestal que controlan el origen de la materia prima provenientes de montes sostenibles, garantizando el respeto al medio ambiente.

*Os he creado, y por tanto puedo hacer
con vosotros lo que quiera.*

CONDE DE LAUTRÉAMONT

PRIMERA PARTE

El sermón de Yeshua

*[...] hiberné durante quince inviernos
en la avellana de una ardilla
y en la nuez que atesoran los ratones,
me repetí no hay manta para el frío
ningún paño que empape esta cepa de sangre.*

INÉS MARFUL

Capítulo I

1

Los brillantes silos metálicos que se levantaban a ambos lados de la carretera semejaban toscas naves espaciales listas para despegar. La inmensa pradera esparcía su verdor en todas direcciones, y una solitaria nube con forma de ballena se deslizaba por encima de las lejanas colinas. El psiquiatra John Ekaverya conducía su todoterreno, no obstante, sin pensar para nada en la belleza del paisaje que lo rodeaba. Tampoco en la llamada telefónica de su colega, el doctor Benjamin Clowes, acerca de cierto paciente con un raro trastorno de personalidad a quien no sabía cómo diablos tratar. Por ese motivo se dirigía ahora a la ciudad de Idaho Falls. Lo cierto era que Ben Clowes ni siquiera le caía demasiado bien; tampoco le cabía ninguna duda de que aquella visita iba a ser una monumental pérdida de tiempo.

En realidad, a Ekaverya le contrariaba pensar en cualquier cosa que no fuese la inminente aparición de su última novela, *Siempre estás a tiempo*. En los próximos días tendría que atender entrevistas, adular a críticos, hablar con libreros, ofrecerse a clubes de lectura, preparar su presentación en Boise. A la mesa lo acompañaría nada menos

que Tom Spanbauer. ¡Tom Spanbauer! Aún no entendía cómo había logrado su agente convencerlo. Si esa novela conseguía el éxito —un éxito que hasta el momento le había sido esquivo—, tal vez podría dejar de una vez por todas la psiquiatría, una profesión lucrativa y socialmente bien considerada, sin duda, pero no lo bastante como para tener que soportar a diario las minucias que vertía sobre sus oídos aquella galería de fracasados.

Encendió la radio. El último conductor del coche —de pronto recordó habérselo prestado a su padre el fin de semana para trasladar un mueble— la había dejado sintonizada en Jaialdi, una emisora vasca. El propio John Ekaverya descendía de pastores vascos llegados al estado de Idaho a finales del siglo XIX. Poseía el típico cráneo braquicéfalo, con cara triangular y nariz puntiaguda, y su apellido era una corrupción anglosajona de Echeverría, que significa «casa nueva». A menudo se preguntaba si la dificultad de pronunciarlo era precisamente lo que había obstaculizado su ascenso a la gloria literaria. Sin embargo, después de varios libros publicados, ya se había hecho tarde para empezar a firmarlos con el seudónimo sugerido por su esposa: John Newhouse.

En cualquier caso, sentía poco aprecio por aquella música de flautas, tambores y acordeones alumbrada en las remotas y minúsculas cabañas de piedra del sur de Europa donde imaginaba viviendo a sus antepasados. Sintonizó un canal de noticias. Un científico estaba explicando en aquel momento al conductor del programa que el sol había alcanzado su nivel más bajo de actividad desde que

existían registros. A una nueva pregunta respondía, imperturbable, que se aproximaba una nueva edad de hielo, una quinta glaciación. Tal vez aquel agorero tuviese razón, reflexionó Ekaverya, porque esa primavera estaba siendo anormalmente fría para los estándares de otros años. Siguió moviendo el dial hasta dar con una emisora *country*. En aquel instante sonaba una canción de Eilen Jewell. Le gustaba mucho Eilen Jewell.

Había escuchado ya a Freddy Fender y a Pee Wee King, acompañándolos con su propia voz y golpes de batería en el volante, cuando divisó las fachadas amarillentas del hospital regional de Idaho Falls. Vio de lejos a Ben Clowes, en el aparcamiento, fumando en compañía de una enfermera. Recordó inmediatamente el fin de semana que habían pasado juntos en las Rocosas y pensó que no le apetecía en absoluto hablar con su colega. Cuando bajó del coche imprimió, sin embargo, una amplia sonrisa a su rostro. A fin de cuentas, Clowes había comprado y leído sus tres libros anteriores y no parecían haberle disgustado, salvo que mintiera mejor que él.

—Me alegro de volver a verte, Ben —dijo mientras le estrechaba la mano y saludaba con gesto distraído a la enfermera, a quien no conocía—. ¿Dónde tienes a ese misterioso paciente?

Clowes apuró su cigarrillo y lo aplastó con el tacón de su zapato antes de responder.

—En su habitación. Creo que es mejor que lo entrevistes allí. Se sentirá más a gusto y, según los policías que lo trajeron, no es peligroso. Yo opino lo mismo.

—¿Dices que lo encontraron cerca de Ketchum?

—Sí, caminando por el arcén.

—No sabía que en Idaho pudieran detenerte por ese motivo.

Clowes rio.

—No, John, no pueden hacerlo. Salvo que vayas completamente desnudo.

—¡Vaya! Un exhibicionista. Dime más cosas de él. ¿Qué es lo que te ha sorprendido tanto?

—No quiero influenciarte —respondió Clowes—. Prefiero que lo descubras por ti mismo.

2

El paciente se hallaba sentado junto a la ventana, garabateando algo en una libreta, y cuando oyó entrar a Ekaverya levantó la mirada sin mostrar demasiado interés. Alto, muy delgado, de barba y pelo blancos, probablemente no fuese tan viejo como aparentaba a simple vista.

—¿Es usted del FBI? —le preguntó al recién llegado con una voz que no dejaba traslucir ninguna emoción en particular.

Ekaverya negó con la cabeza.

—No, no tengo nada que ver con la ley. Soy médico.

El paciente lo miró como si no terminara de creerlo.

—Pues los hombres que me trajeron aquí sí lo eran.

—Sí eran ¿qué?

—Del FBI.